

CARACTERISTICAS DE LA EMIGRACION ASTURIANA EN HISPANO-AMERICA

POR

LEON MARTIN GRANIZO

América du hast es besser als unser
alter continent. (1)

GOETHE

Antes de nada me parece oportuno explicar por qué empleo en este momento la palabra hispano-américa en lugar de la de ibero-américa que he utilizado en otras ocasiones. No lo hago así, porque esta segunda haya sido rechazada por la Academia de la Lengua, ni porque hace años un gran diplomático del Uruguay, el señor Fernández Medina, visitase al entonces Jefe del Gobierno español para pedirle que oficialmente se empleara el vocablo hispano-americano. Lo uso más bien, porque va más acorde con el tono y carácter restringido, mejor dicho regional, que quierò dar a

(1) América, tu tienes más suerte que nuestro viejo continente.

esta conferencia, y sobre todo, porque desde allá, desde aquellos lejanos países, en la América española de que voy a ocuparme, tanto el ibero-americanismo, como el hispano-americanismo, tienen una distinta significación de la que aquí les damos.

El ilustre escritor portugués, Fidelino de Figueiredo, expresó esta diferencia de un modo claro cuando dijo: «que, toda aspiración de confraternidad ibero-americana, tiene un largo y difícil camino que recorrer antes de plasmar en realidades eficientes». Otros muchos escritores portugueses, brasileños e hispano-americanos, opinan lo mismo. Es decir, que esta aspiración ibero-americana se halla colocada en un segundo término dentro de la gran obra de compenetración a que aquí no referimos, y que probablemente se realizará más tarde. Por otra parte, esta compenetración, dependerá siempre de nuestra política con Portugal. Así es que, por el momento, vamos a concretarnos a lo puramente hispano-americano, y dentro de ello, a lo que se relaciona de un modo directo con Asturias, con esta Asturias cerrada por el Sur con ingentes montañas y cuyo desemboque natural es el mar.

Al separar en este gran problema de nuestras relaciones con hispano-américa lo relativo a los asturianos de Oviedo de los de Santillana, aunque con éstos tengan muchas concomitancias, lo primero que salta a la vista es que esta emigración no ha sido tan voluminosa como se cree, sobre todo en un principio, y si se compara con la de otras regiones de España, tales como Extremadura, Castilla la Vieja, Andalucía, y la misma Galicia y Santander.

Al analizar el fenómeno, parece llegarse a la conclusión de que Asturias, aunque en el medioevo tuvo fama de tierra pobre, más que nada porque en ella no se comía pan de trigo, abundó siempre en leche, pescado y carne, amén de frutos muy sabrosos. Pero quizá la explicación más acertada consista en el exagerado amor a la independencia personal que siempre tuvieron sus hijos, favorecido por las dificultades de comunicación en los montes y los fuegos y cartapueblas en los llanos. Tengo datos curiosos, tanto refe-

rentes a los burgueses como a los aldeanos, que omito por el momento.

Refiriéndome concretamente al siglo XVI (según los datos existentes en el Archivo General de Indias), son pocos los Asturianos y Gallegos que emigran a América, muchos los castellanos, sobre todo de Castilla la Vieja, bastantes andaluces y extremeños y algunos vascos y catalanes. Desde luego aquí, no hubo expediciones colectivas, como la famosa de Antequera en 1520, «constituída por 34 matrimonios con 90 hijos, 31 criados solteros, y cuatro personas más, parientes entré sí, amén de su cura D. Jerónimo Quintanilla, que embarcaron en la nao San Juan de Martín Aguirre. Los expedicionarios llevaron a América semillas de trigo, garbanzos, habas, linaza, cebollinos, cardos, mostaza, rábanos, etc., etc.; y doscientas azadas, cien carretas, varias piedras de molino y de afilar, doscientas rejas de arado, e infinidad de cosas más.»

Revisadas cerca de cuatro mil papeletas, solo figuran entre ellas nueve relativas a hijos de tal región y son las siguientes:

Gonzalo de Oviedo, hijo de Gonzalo Rodríguez y Catalina Hernández, vecinos del concejo de Llanera (9 de Marzo de 1513; leg. 5.536, lib. 1.º, pág. 341); Sancho García, hijo de García Gómez y de María San Juan, vecinos de Peñamellera (8 de Agosto de 1513; leg. 5.536, lib. 1.º, pág. 274); Pedro de Asturias y su hermano Benito de Asturias, hijos de María Alonso y de Pedro López, vecinos de Santofezo (8 de Mayo de 1514; leg. 5.536, lib. 1.º, pág. 368); Luis de Banzas, hijo de Diego de Banzas y de María González, vecinos del concejo de Pola de Padia (10 de Mayo de 1514; leg. 5.536, lib. 1.º, pág. 370); Alonso de la Ribera, natural de Oviedo, hijo de Juan de la Rivera y de Inés Hernández, vecinos de Oviedo; y su hermano Miguel de la Rivera (21 de Febrero de 1517; leg. 5.536, lib. 1.º, pág. 436); Lorenzo de Cifuentes, vecino de Gijón, hijo de Hernán Pérez, de Cifuentes y de María González, vecinós de Gijón (23 de Octubre de 1526; leg. 5.536, lib. 2.º, pág.

39); Diego de la Rivera, natural de Oviedo, hijo de Miguel de la Rivera y de la Marquesa de Prada (2 de Junio de 1527; leg. 5.536, lib. 2.º, pág. 4); Pedro Díaz, natural de Cangas, hijo de Juan Díaz y de María Pérez (2 de Junio de 1527; leg. 5.536, lib. 2.º, pág. 4); Andrés Lozano, hijo de Francisco Lozano de Oviedo, natural de la ciudad de Oviedo, marido de Beatriz Díaz del Carpio (24 de Septiembre de 1528; leg. 5.536, lib. 2.º, pág. 114 (1)).

Por otra parte, en el «Diccionario Autobiográfico de Conquistadores y Pobladores de Nueva España», de D. Francisco de Icaza (Madrid 1936), solo aparece un asturiano, D. Diego de Quirós, de quien dice: «que es natural de los Concejos de Quirós, de las Asturias de Oviedo, y no declara cuyo hijo é, que ha cuatro años que pasó a esta Nueva España con su casa, muger e hijos, e que su padre fué criado del Marqués de Denya.»

Existen coincidencias que parecen confirmar mi aserto, como por ejemplo: Algunos creen que los Condes de Revillagigedo, Don Francisco Güemer de Horcasitas y D. Juan Vicente Güemer Pacheco de Padilla Horcasitas y Aguayo, a cual más ilustres, eran asturianos, y no lo son, como amablemente me lo ha confirmado el actual poseedor del título. En fin, creo que hay una serie de conceptos confusos que quisiera dejar puntualizados al mismo tiempo que fijar bien el fundamental y distintivo que tanto en aquellos tiempos, como ahora, tiene a mi juicio la inmigración asturiana en hispano-américa.

Este carácter distintivo voy a adelantároslo: consiste en que desde el principio de la conquista de América, hasta los últimos años, anteriores al Glorioso Movimiento Nacional, la emigración asturiana ciertamente se compone, como casi todas, de gentes humildes, de proletarios, de jornaleros; pero entre ellos suelen ir mezclados en una proporción distinta, que la diferencia de las demás

(1) Tengo la seguridad de que la grafía de algunos de estos nombres, tanto de personas como de pueblos, está equivocada, sin duda alguna por defecto de copia.

emigraciones regionales de España, un gran número de señores de calidad, de letrados, de hombres de clase media y de profesiones liberales, de obreros cualificados, que un buen día, sin saber por qué, cansados acaso de una vida ociosa y reducida, o empujados por disgustos políticos o familiares, toman el barco y se plantan en Méjico, en Cuba, en Buenos Aires, con una cantidad de reservas de energías que les permite realizar obras que ni ellos mismos pudieron soñar. Es más, y no creais que es adulación, hasta los proletarios, los humildes, los *paisanines* menos preparados a que me refiero, tienen una finura de espíritu, una comprensión rápida, un amor propio exagerado, un gran respeto a la cultura y un modo de ser, alegre y dicharachero, que se traduce en gestos, actos de desprendimiento, de magnificencia, en fin, que a veces os desorientan y que no podeis explicar de otro modo que como los explican en la sobria Castilla, esto es, diciendo entre sorprendidos y admirados: ¡Ese es un asturiano!

En resumen, y aparte de otras influencias generales que siempre han pesado en la emigración española, Asturias ha recibido de América, como luego veremos, grandes y variados beneficios, tanto de carácter espiritual como material (entre los cuales se encuentra el cultivo del maíz, planta hoy típicamente asturiana). Pero en cambio Asturias ha dado a estos nuevos países de Ultramar, y lo dió con largueza, hombres capaces y trabajadores, una religión que lleva en sí un código de sanas costumbres, cultura, civilidad, buenas maneras y por añadidura, parte de su espíritu en el que predomina ese anhelo faústico que le hace revivir de sus cenizas como el Ave Fénix, y ser enteramente joven, a pesar de su vetustez.

(1) En Asturias a pesar de lo que se cree generalmente y sobre todo desde hace pocos años, por confundir los Asturianos con los que no lo eran, hay mucha gente de «buena crianza y señorío», y hasta lo que pudiéramos considerar como pueblos, en el recto sentido de la palabra, tiene una marcada tendencia aristocrata que se revela en múltiples pequeños detalles que no me puedo detener a analizar.

Pero aportemos nuevas pruebas a nuestra investigación. D. Sebastián Álvarez de la Rivera, benemérito asturiano radicado en América, publicó en Santiago de Chile, el año 1924, unos manuscritos inéditos hasta entonces, donados al Instituto de Gijón por D. Gaspar Melchor Jovellanos. Según D. Máximo Fuertes Acebedo, una de las personas que se ocuparon de estos asuntos en unión de don José Caveda, se trata de un trabajo anónimo del siglo XVIII, y al parecer auténtico, referente a la descendencia de D. Rodrigo Alonso, «El Viejo», y su mujer D.^a María González de Oviedo, ilustres próceres con quienes están emparentados unos señores de la Casa de Trasona, que hacen pensar en aquellos viejos hidalgos rústicos que tan bien pintó Valle Inclán, y cuya vida se ajustaba al consabido lema: Iglesia, mar o casa real.

He aquí algunos nombres de interés que figuran en tales manuscritos: Rodrigo Alonso de León, «El Viejo», fué primogénito de Juan Rodríguez de la Riva de León. Emparentados con él aparecen: el Cardenal Alonso Rodríguez de León, quien antes que cantase misa tuvo un hijo de una mujer noble, natural de Avilés, soltera, que se decía Dominga Caluga. El hijo se dice Alonso Rodríguez de León; pasó a las Indias donde tiénense nuevas que es vivo y no casado.

Esteban Pérez de las Alas, Proveedor General de los Galeones que andan en las Indias, hijo legítimo de Nicolás de las Alas y de D.^a María de León, casó con María Valdes, hija de Hernando de Miranda y de Mencía Valdés. Tuvo con esta señora al Capitán Esteban de las Alas que empezó a servir en la Marina Real por 1553 a las órdenes de Pedro Menéndez de Avilés (quien dice de él que, «es muy buen caballero»), y luego fué Proveedor General en la jornada de Magallanes. Casose en Cartagena de Indias; no dejó hijos.

Figura también en tales escrituras un D. Juan Carreño Inclán, que casó con D.^a Isabel de Soto hermana del Capitán Juan de So-

to Cascos y Avilés, y fué Alférez Mayor de la ciudad de Cádiz. Estos, durante su matrimonio, tuvieron por hijo legítimo a Juan Carreño Soto, mozo de veinticuatro años que anda en la carrera de las Indias, y una D.^a Leonor de Carreño que estuvo casada dos veces. La primera con Alonso Alvarez de Oviedo con quien tuvo dos hijos. La segunda vez casó con Juan González Valliniello de quien tuvo un hijo y algunas hijas. El hijo se dice Antonio González Carreño; es soldado y capitán de la Carrera de Indias, está por Sargento Mayor en la provincia de las Filipinas, y casó con Tomasa Saavedra y Moraso. A esta familia perteneció Hernando de Valdés, Arzobispo de Sevilla, Inquisidor General y Gobernador de toda España por ausencia del rey D. Felipe II, y fundador de esta Universidad, mucho antes de que los opulentos americanos del Norte pudieran fundar las suyas.

Entre los varios personajes de que luego se habla, surge de pronto la borrosa e interesante figura, que pasa por lo escrito como una sombra, de un D. Pedro Rodríguez de León, hijo segundo de Alvaro Carreño, «El Viejo», y de D.^a María de León, su mujer, que según se dice, salió a servir a S. M. y no supo si era muerto o vivo, ni se tuvo más noticia de él.

El tercer hijo de Alvaro Carreño, «El Viejo», y de D.^a María de León, fué el Capitán Hernando de Miranda que anduvo en la jornada de Magallanes y en la que fué general Diego Flórez Valdés, oriundo del Concejo de Somiedo, del que salió como segundón a ganarse la vida. Quedó de Capitán de un fuerte que se hizo en el Puerto de Santa Elena.

En las islas del Brasil estuvo mucho días.

El sexto hijo de Alvaro Carreño, «El Viejo», y de D.^a María de León, su mujer, fué el capitán Ibán Bernardo Carreño, que sirvió a S. M. en la Jornada de Magallanes de soldado y en Chile de Capitán de Infantería. Combatió valerosamente contra los terribles Araucanos en donde mostró su valor y ánimo, y últimamente le hicieron castellano del Castillo del Callao, y Cabo de las Naos que bajan la plata del mar del Sur.

Nos encontramos también en esta documentación con un don Antonio de Trelles y León, Señor de Trasona, que fué Caballero de Santiago y pasó a las Indias siendo Gobernador de Porco en el Alto Perú. Esta casa de Trasona y otra titulada de Olloniego, parece como si reunieran en sí la mayor parte del espíritu señorial, rural y ciudadano, propio de la raza. A esta última casa, perteneció D. Alvaro Bernaldo de Quirós, nacido en dicho pueblo, que estudió en Oviedo y en Alcalá, y fué nombrado el 16 de Marzo de 1688 Oidor de la Real Audiencia de Santiago de Chile. Era muy erudito y buen escritor, como lo demuestra su Discurso laudatorio al «Papel Genealógico», escrito por su padre y que ha llegado hasta nosotros. El 14 de Mayo de 1690 se embarcó para Chile, en donde desempeñó su cargo de Oidor y Alcalde de Corte hasta el año 1707 en que fué promovido al de Corregidor y Justicia Mayor de la ciudad de Concepción y su Partido.

Otro nidal importante para seguir la pista a ilustres antepasados asturianos que pasaron a América, es el libro de matrícula del Colegio de San Pelayo de Salamanca (1586-1699), fundado asimismo por el propio Arzobispo Valdés en aquella Universidad, dotándolo ampliamente, e instituyendo en él veinticinco becas, de las cuales doce, debían proveerse forzosamente en naturales de Asturias. En él figuran casi todos los apellidos de las principales familias asturianas, muchos de los cuales aún perduran.

Varios de estos colegiales ocuparon cargos importantes en aquellas tierras, tal como aconteció a D. Diego de Sierra, que fué Oidor en la isla de Santo Domingo; a D. Gutierre Bernaldo de Quirós, Inquisidor de Méjico; a D. Lópe Florez Sierra, Gobernador y Capitán General de la Nueva Vizcaya; a D. Juan Queipo de Llano, Obispo de la Paz y Arzobispo de Charcas en el Perú.

Por aquí y por allá, revolviendo papeles y libros nuevos y viejos en la intimidad de excelentes bibliotecas particulares y oficiales del país (1) podéis encontrar otros muchos nombres ilustres,

(1) El Centro Coordinador de Bibliotecas, fundado y protegido por la Di-

tales como Alonso Marín, Conquistador de Nueva España y poblador de Santiago de Guatemala, del que habla el Padre Remesal en el libro III de su «Historia de la provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala. Alonso de Estrada, Tesorero general Gobernador y Justicia Mayor del territorio de Nueva España, conquistado por Hernán Cortés, quien según Alcedo fué el cuarto Virrey de Méjico, fundador de Zapatecas en la provincia de Oaxaca y muy favorecido por Carlos V. Alonso Candamo, piloto de la Armada asturiana, que fué a la conquista de la Florida contra los franceses en 1565, siendo célebres sus trabajos y viajes de que se dá noticia en el «Ensayo cronológico para la Historia de la Flori-

putación de Oviedo, aunque dependiendo en su aspecto técnico de la Dirección General de Archivos y Bibliotecas, es una obra de cultura de extraordinario interés, iniciada por D. Ignacio Aguilera, la cual ha podido realizarse gracias al apoyo prestado a la misma por toda la Corporación y por muchos particulares. La Junta de Intercambio y Adquisición de Libros ha colaborado eficazmente donándola más de 300.000 pesetas en libros para su reparto.

Este Centro ha creado en todo o en parte, además de su depósito central en la Diputación, las siguientes Bibliotecas: Biblioteca de Isidoro Gil de Jaz, de la Residencia Provincial de Oviedo; Biblioteca Fernando Valdés, del Ayuntamiento de Salas; Biblioteca Menéndez Pelayo, del Ayuntamiento de Castropol; Biblioteca Pública del Instituto Nacional Femenino de Enseñanza Media, de Oviedo; Biblioteca Félix Aramburo, de la Prisión Provincial de Oviedo; Biblioteca Santa cruz, del Ayuntamiento de Cangas de Onís; Biblioteca del Doctor Cajal, con la colaboración del Colegio de Médicos de Oviedo; Biblioteca del Real Instituto de Jovellanos de Gijón; Biblioteca del Instituto Carreño Miranda de Avilés; y Biblioteca de la Casa del Pescador en Lastres.

Pero su labor no se ha reducido solamente a esto, si no que alrededor del fichero de la Biblioteca Universitaria, está formando otro con toda la bibliografía Asturiana, en el que se reunirán, no solo las fichas de las obras repartidas y existentes en las Bibliotecas públicas de la Región, sino también de los coleccionistas particulares de libros que accedan a regalar una copia de las fichas que posean a dicho, Centro, a cambio de que éste les haga gratuitamente su catalogación.

A todo Ayuntamiento que lo solicite, el Centro cede una colección de obras modernas encuadernadas, no inferior a 2.000 volúmenes, siempre que ofrezca un local adecuado, con un pequeño presupuesto para la instalación de la Biblioteca y una gratificación para el encargado de la misma. En todas ellas se organizan cursillos de conferencias de cultura general.

da» por Cárdenas. Y Alvaro del Busto, natural de Pravia, Almirante de la Armada de la Guardia de Indias, que sirvió en la jornada de los Galeones, en 1573, bajo el mando de Diego Flórez Valdés, siendo nombrado por sus grandes merecimientos Capitán en la expedición al Estrecho de Magallanes y prestó en ella notables servicios.

Existe también un D. Alonso Carrió y Lavandera, nacido en Gijón, que parece fué Gobernador de Perú y Sargento Mayor del Yacatán y autor de una curiosa obra titulada «Lazarillo de Viajeros, guía de viandantes, noticias de caminos, correos, postas, etc., en el Perú», que fué impresa en Gijón en 1771. Todo ello sin contar las colecciones biográficas del Canónigo González Posada, de Fuertes Acevedo, la desaparecida de Balbín de Unquera y la que es un dolor que no esté terminada, pues es la más completa, de D. Constantino Suárez.

Pero con los nombres apuntados nos basta ya para el objeto que nos proponemos.

Ahora, con el fin de ordenar un poco cuanto llevamos dicho, de entre la multitud de asturianos que han pasado a América separaremos tres tipos que coinciden con tres épocas distintas: uno, en el que predomina el individuo, que es el noble, el descubridor o el gobernante, el guerrero, en fin, a que nos hemos referido, que busca gloria y fama, perteneciente por lo general a la clase más elevada y que menos abunda; otro el hombre del siglo pasado, fiel reflejo de una clase media culta y despierta, que emigró para hacer o rehacer su capital, dedicándose al comercio o la industria, y que tanto por su número, como por su valor social, llegó a tener una gran importancia; y otro, tipo muy peculiar de emigrante del país que suele estar mezclado con el anterior, y al que pudiéramos llamar emigrante por necesidad o por aventura; tipo, el primero de éstos que es común a las otras regiones de España, y que por ahora nos interesa menos, mientras que el segundo, el del aventurero

asturiano, tanto en América como en otros países, ya tiene para nosotros y para nuestro estudio un interés mayor.

Todos ellos poseen rasgos y características comunes de agudeza y buen sentido; conservan un empaque y un señorío que casi nunca les abandona; pisan en firme, en la realidad, lo mismo en el campo que en las ciudades, en los barcos que en tierra; están dotados de una enorme capacidad de adaptación y sobre todo, piensan y discurren con lógica. ¡Escuchémosles!

Estamos todavía en los tiempos de las carabelas y de los galeones, en los siglos heroicos de expansión y conquista en donde nos encontramos con Menéndez de Avilés, el «Adelantado de la Florida», que todos conoceis, el que realizaba viajes por todos los mares, aún los menos conocidos con increíble facilidad, el fundador de San Agustín, la ciudad más vieja de los actuales Estados Unidos. En sus cartas al rey Felipe II, escritas en un sabroso castellano, le habla de su descubrimiento en la siguiente forma:

«Y porque estas tierras son grandes y de muchos y buenos rios y puertos, y la gente de esta tierra es mucha y no se puede hazer con pocos españoles tantos efetos, ni conviene en ninguna manera hazerlos a la larga sino apretar, y lo que se obiere de gastar en diez años hazerlo en cinco; porque desta manera V. M. señoreará estas provincias tan grandes y alumbrará a los naturales dellas, y acrecentará muchos reynos. Porque en estas tierras avrá muchas y muy buenas granjerías, como será que avrá vino mucho, muchos yngenios de azucar, mucho número de ganado, que ay grandes dehesas, mucho cáñamo, brea y alquitrán y tablazón, que no la tiene V. M. en sus reynos; podránse hazer muchos navíos y recoger sal y trigo por estas riberas; avrá todo género de frutas; ay muy bonísimas aguas, bonísimo temple de tierra; avrá mucho arroz y muchas perlas en la ribera de Santa Elena, donde tenemos nuevas que las ay, y entrando más adentro desta tierra avrá donde se puede coger mucho trigo y hazer mucha seda»...



«Yo he menester para las cosas que embio a pedir a España para estas partes, como son forcosas y necesarias, de bastimentos y aparejos de navio y ropa y calçado para la gente, treynta mill ducados, y no tengo uno, V. M. será servido de mandar se me pague el sueldo del galeón hasta todo Enero, y de las cient personas que n' el vinieron, con el bastimento que se les debiere, porque por tan poco sueldo no querían venir los marineros a estas partes, e yo me obligué a Francisco Duarte a traerlos, y con ellos me concerté lo mejor que pude, que es cierto me cuestan de tres mill ducados arriba de los que vuestra magestad les paga; y V. M. me mandó de esta Florida despachar un navio con la nueva de mi llegada, que por ser mio no quiero ningún flete. Al Maestre, Piloto y Marineros, por sueldo y comida, les di mill ducados; esto me mandará V. M. para luego. Lo demás a cumplimiento de los treynta mill ducados que he menester, yo estoy confiado a Pedro del Castillo que él los buscará y se empeñará para me proveer de todo lo que le envio a pedir: que no tiene hijos y es muy bien cristiano, ha tomado por principal caudal ayudarme para esta empresa con toda su hazienda, para que salga con ella, sin que le vayan más yntereses que ser mi amigo y quererme hacer merced en tiempo de tanta necesidad»...

Luego, en su testamento encomienda a Pedro del Castillo que pagadas todas sus deudas, «de lo que quedare puede comprar y compre tantas rentas y posesiones a donde y cómo le pareciera, y pueda de lo que así comprare vincular un mayorazgo en virtud de Real Cédula de V. M. que para ello tengo, al cual mayorazgo pueda poner y ponga el dicho Pedro del Castillo los vínculos y gravámenes que le pareciere: el cual dicho mayorazgo dende agora y el dicho Adelantado pongo en caveza de Doña Catalina Menéndez, mi hija legítima y de Doña María de Solis, mi mujer, para que la dicha Catalina lo goce por todos los días de su vida, y después de ella el hijo mayor que tubiere y en falta de hijo varón, la hija ma-

yor, prefiriendo siempre el varón a la mujer aunque sea menor en días»...

Impasible la hija de Mnemosina, la diosa Clio en su augusta divinidad, ha seguido hilando la Historia indiferente a los dolores y alegrías de los pueblos y de los hombres. En Europa se perfilan nuevas nacionalidades. A los galeones y a las carabelas han sucedido las fragatas y los bergatines con que los portugueses y españoles hicimos tantas cosas tan extraordinarias y tan maravillosas, que paracen leyendas. Se inician las nuevas marinas de guerra a base del corso, las cuales adquieren un gran desarrollo—muy superior al nuestro a pesar de Lepanto—, sobre todo en Holanda y en Inglaterra. América se divide en Virreinos y Capitanías para poder atender y administrar aquellas tierras extensísimas con leyes sabias y prudentes.

Nuestro inmenso poderío ultramarino ha suscitado la codicia de otras naciones que también quieren extenderse por países lejanos,—aunque no los supieron descubrir—, empleando para ello procedimientos muy distintos a los usados por nosotros. Exitos prematuros hicieron pensar que acaso tenían razón, pero los años transcurrieron y contemplada hoy su obra desde la altura de un par de siglos solamente; ella se derrumba con estrépito, mientras la nuestra, se afirma cada día más. Y es que nosotros, desde que pusimos nuestra planta en América con la cruz y la espada, colectivamente, no deseábamos el dominio de hombres y tierras—aunque a veces las circunstancias así lo obligaran,—sino que nos conformábamos con un dominio puramente espiritual. ¿Qué nación en el mundo puede presentar colonizadores como Montolimia, Junípero, Serra o el Padre Las Casas, que aunque con distintos pareceres, subordinaron el interés del español al del indio?

¿Qué nación del mundo puede exhibir un testamento como el de la reina Isabel en que recomienda a sus herederos que, «no consientan ni den lugar que los indios vecinos y moradores de las

dichas Indias y Tierra Firme, ganados y por ganar, reciban agravio alguno en sus personas y bienes». O disposiciones complementarias como aquélla prescribiendo que «cualquier español que hiriere o matare indio sea castigado conforme a las leyes de estos reynos sin que se tenga en consideración que el delincuente sea español y el muerto, o herido, indio.»?

Pero a pesar de tan buenos deseos, a pesar de una «Legislación de Indias» sin par, a pesar de los consejos y advertencias de los reyes, de los religiosos, de los sabios, de los juristas, se cometen graves errores políticos y económicos que logran crear un estado adverso de opinión, el cual culmina en varios alzamientos en aquellos países, la mayoría de las veces favorecidos y hasta capitaneados por nosotros mismos o nuestros descendientes. Pero ocurre, además, que las colonias, que no son verdaderas colonias, pues desde el principio el español mezcló su sangre con la de los naturales del país (según atestigua la Real Cédula de 14 de enero de 1514 que autorizó el matrimonio de español con india), han llegado a la mayor edad. En 1824 acacen las funestas batallas de Junín, Ayacucho, y 50 años más tarde, tiene lugar el aprisionamiento del «Virginius» en aguas de Jamaica, que aclaró tantas cosas. Algunos creyeron que la suerte de España en América estaba decidida, pero no fué cierto. España y América, no rompen todos sus vínculos porque hay algunos que son tan finamente espirituales, que son irrompibles y por lo tanto eternos.

Hacia mediados del siglo XIX, D. Antonio de las Barras de Aragón, nacido en Trubia, comerciante, padre que fué de un ilustre profesor de esta Universidad, D. Francisco de las Barras, hace varios viajes a la Habana en aquellos barcos mixtos de vela y vapor con travesías que duraban meses. Este asturiano sesudo y observador, que probablemente había leído a Campomanes y a Jovellanos, redactó unas sencillas «Memorias íntimas», que reflejan el ambiente de su época y de las que copiamos los siguientes trozos:

«Poco interesante recuerdo por este tiempo. Acaso lo más notable para mí fué el baile que se dió en el navío «Isabel II» para celebrar el natalicio del Príncipe de Asturias, D. Alfonso, que vino al mundo el 28 de noviembre de 1857. El baile se celebró en la capital la noche del 11 de abril de 1858.

A este baile, dispuesto con toda la esplendidez que acostumbran nuestros marinos estaban invitadas todas las autoridades y lo más selecto de la sociedad habanera. Yo tenía deseos de asistir a una fiesta de esta naturaleza, no por vanidad ni por darme importancia, cosa que hubiera sido dada mi pobre posición una tontería, sino por curiosidad para poder dar idea de un espectáculo que no había visto nunca. ¿Pero quién iba a invitarme? Afortunadamente el Capitán de navío, D. Claudio Alvargonzález, era íntimo amigo de la Casa en que yo trabajaba y comía muchas veces con nosotros, y a éste recurrí y tuvo la bondad, que le agradecí mucho, de enviarme una invitación».

En otro lugar escribe: «Aquí en Cuba, ningún esclavo carece de ropas y alimentos nutritivos, ni de asistencia médica si cae enfermo. Ya sea por sentimiento de piedad o por puro egoísmo, el amo siempre vela por la conservación del esclavo, pues si se le inutiliza o muere pierde un valor. Si éste no está contento con su amo, la ley le concede un tiempo determinado para buscar otro; si quiere *coartarse* o empezar a redimir su cautiverio, la ley se lo concede también, obligando al amo a recibir cincuenta pesos y de aquí en adelante las cantidades que vaya entregando hasta cubrir su valor y rescatar por completo su libertad. Si el amo quiere venderlo a otro que no es del agrado del esclavo, tiene éste tres días para buscarlo a su gusto. Para la *coartación* o libertad solicitada, se nombran por el síndico tasadores cuando el precio que pide al amo es exorbitante. Los hijos menores de siete años no pueden separarse de sus madres. Estas garantías y otras muchas más, de que no hago memoria, tienen los esclavos por las leyes coloniales,

estando hoy prohibidos los castigos fuertes, y cualquier autoridad tiene derecho a impedirlo. Todas estas garantías y relativas dulzuras, se observan o no se observan. Desde el punto de vista económico, puede razonarse acerca de la esclavitud, pero por encima de todo está la moral cristiana y el sentido de humanidad, que aún al que mejor argumente a favor de aquélla, le están diciendo al oído que es una infamia».

Y más tarde estampa este juicio, que es una profecía: «Al ocuparme de los asuntos, tanto de Méjico como de los Estados Unidos, no es por un vano alarde de historiador, sino porque, ligados como están a dichos países los intereses comerciales y políticos de la Isla de Cuba, el desenlace de estos dramas nacionales, puede influir mucho en el término, más o menos lejano, pero siempre forzoso, de nuestra dominación en las Antillas, último baluarte de las conquistas españolas en el Nuevo Mundo.»

Sigue girando la rueca de la Historia. Ya ha pasado el fatídico año 1898 con su inolvidable Tratado de París que arrancó a España los últimos restos del poderío colonial. Aquellos países que fueron tan nuestros, solo quedan unidos a nosotros por unos pocos barcos que son discutidos por los políticos de entonces, con estrecho espíritu partidista, sin darse cuenta de lo que ya significaban.

Sin embargo, tanto en América como en España se inicia un período de mutua y sincera atracción, que aún tomando formas distintas, afortunadamente no decae. Regresan muchos emigrantes a la Patria, algunos de ellos enriquecidos, sobre todo a esta región nuestra en la que inician un resurgimiento industrial, pero la Aldea, aquella aldea simbólica que tanto preocupó a Palacio Valdés, no se perdió del todo. También por este mismo tiempo, muchos profesores y hombres de ciencia emprendieron su viaje a América,

de alguno de los cuales nos hemos de ocupar más adelante. Uno de ellos, Don José Casares Gil, que realizó con éxito su excursión —excursión que debía ser obligatoria para la mayoría de los profesores y aún para alguno de los alumnos—, escribe un libro que titula «Impresiones de un viaje a América española». En él relata con sencillez, cómo visitando las minas de Chuquimata, en Chile, situadas en una región inhóspita, donde la falta de agua es completa, al saber que él había llegado allí, fué invitado por unos trabajadores españoles a champaña. El jefe del grupo habló de esta manera:

—Yo soy de Asturias. Mis padres eran buenas personas. Mis hermanos también. La única bala perdida he sido yo. He andado mucho por el mundo, pero eso de que el Gobierno de España nos envíe una persona para que nos visite en su nombre, me llega al fondo del alma, pues yo no olvido nunca la tierra en que nací y que ya no volveré a ver.

Este hombre tan típicamente astur, que va al tercio o a América, no a conquistar su vida, sino a jugársela (o «a pagarla» como suele decirse), tiene para mí, y sin que pueda remediarlo, una gran parte de mis simpatías.

He aquí tres tipos de hijos del país que con ligeras variaciones y con distintas épocas, se suelen repetir. Los tres a mi juicio presentan unas características idénticas, que interesamos recoger:

El asturiano de todas las clases sociales, por lo común, es laborioso, comprensivo y sentimental, ama el campo, las flores y los cantares, y bajo su proverbial amabilidad suele guardar un carácter tenez y decidido. Acaso estas cualidades innatas en él, se valoran aún más según se agudizan, cuando actúa en medio distinto al que le vió nacer. En cambio aquí; en la *tierrina*, sobresale el forastero con relativa facilidad, sobre todo el castellano, más sobrio y ahorrador. Quizás ello se deba a que en general, el clima, mientras ablanda a unos a otros fortalece. Asturias es rica, más que rica

ópima. Colocada entre el mar y la montaña es un pequeño paraíso del que muchos de sus hijos no se dan cuenta hasta que lo pierden: riqueza minera, riqueza marítima, riqueza agrícola y ganadera, riqueza industrial y comercial; y luego, como por añadidura un paisaje verde y jugoso bajo una luz entrevelada, un clima suave, un suelo accidentado pero fértil regado por ríos y arroyuelos, y todo ello unido a un sentido peculiarísimo que el asturiano posee de la vida, mejor dicho de la convivencia social antes y después de la emigración. El caso conocido de la comunidad de «La Ferrería», el del pueblo de Anleo, el de Villalegre y otros muchos, formados por «Indianos», en donde a veces no se da una cuenta de si está en Asturias o en América, es posible que no pueda darse en ninguna otra Región de España. Y es que el indiano de Asturias, tocado por la aventura, ensancha su representación del mundo por encima de los mares, aleccionado por la vida, cuando se aquieita, cuando se centra, suele ser un hombre serio y cabal lo que no le priva de cierta gracia y donosura.

En un curioso incunable de 1490 titulado «De Proprietativus rerum», que pertenece a mi sabio amigo el Padre Getino, existe esta descripción que, a pesar del tiempo en que se hizo, la creo muy exacta: «Asturias es una provincia de España situada en el fin de Europa o de Africa, como Isidoro dice en el libro XV. Esta tierra es casi toda cercada de montes y de montañas, e los que moran en esta provincia, por comparación de los que moran en las otras partes de España, son de más pasible corazón e más amigables. E su cibdad principal es llamada Oviedo... e mayormente abunda en mijo, castañas y en mançanas y en frutos de que ellos hazen la sidra. En esta tierra hay muchas bestias salvajes e privadas, y el pueblo es de su natura alegre y placiente, e ligeramente cantan, e son muy ligeros e buenos batalladores; e hermosa gente, según la situación de la tierra caliente de ellos moran; e tien la lengua ligera para hablar e para burlarse de los otros.» (Libro XV, capítulo XX).

Cuando recuerdo esta descripción, cuando contemplo aquí cómo el Concejo asturiano rompe, casi siempre, el núcleo central

para desbordarse por la campiña, siempre me viene a la memoria el dicho de un ilustre hombre de negocios, no asturiano, pero después enraizado aquí, tan parco en palabras como largo en obras, que a la vuelta de un viaje a Suiza le preguntaron qué le había parecido aquella nación y él contestó lacónico:

—«Hombre, Suiza... es una Asturias bien amueblada».

Pero a esta exacta y concreta respuesta, yo que me precio de conocer ambos países—y permitidme la inmodestia—, me atrevo a añadir para darle todo su relieve, que mientras Suiza explota todos sus tesoros, hasta agotarlos—riquezas naturales, comercio, industria,—siendo difícil que pueda llegar a más de lo que ha sido y de lo que es, Asturias está todavía llena de posibilidades insospechadas y vírgenes. Por una doble y extraña paradoja, Asturias, la vieja Asturias, poblada de una raza más pura, más dispuesta, más romántica, más aguda que la suiza, que sabe cantar y sabe trabajar y sabe burlarse con fina ironía, está henchida de porvenir.

Más noto que esta digresión me llevaría a un punto crucial que se sale del tema y hasta acaso le contradice. Por lo tanto quédese ello aquí y sigamos nuestra elocubración sin más digresiones.

Vamos a perfilar más la característica que yo creo encontrar en el asturiano emigrante y que no es cultura, ni señorío, ni agudeza, ni ingenio, ni orgullo, ni llaneza, ni habilidad, y que, sin embargo, lo es todo a la vez. Respecto a la primera condición de las citadas, y acaso la que más se destaca y que a nosotros ahora más nos interesa, la cultura, existe un hombre en nuestra Historia de América, que aún sin haber nacido en Asturias es asturiano por herencia materna y paterna, y sobre todo por la amplitud y profundidad de sus conocimientos y por el detalle y limpidez de su prosa, condiciones todas que aún perduran en algunos de nuestros escritores antiguos y modernos, distinguiéndoles de los del resto de España.

Nos referimos a Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, nacido en Madrid hacia el año 1480, quien contando apenas doce, fué admitido al servicio del Duque de Villahermosa, y de esta Casa pasó a la cámara del príncipe D. Juan, hijo de los Reyes Cató-

licos. Ya en 1513 embarcó para Tierra Firme como Veedor de las fundiciones de oro, y allí se ocupó de la pacificación y conquista de algunos distritos. En 1519 se hallaba de Teniente en el Darien, cuya tierra se le mandó despoblar, como se hizo, trasladándose los colonos con sus intereses a Panamá. En 1523, y mes de diciembre, estaba de vuelta en España donde permaneció hasta 1526 en que se le nombró Gobernador y Capitán General de la Provincia de Cartagena de Indias.

Cronista General de las Indias, Islas y Tierra Firme del mar Océano, muere en Valladolid el año 1557, después de haber empleado casi toda su vida en servicio de la casa real, surcado ocho veces el Atlántico, y escrito entre otras obras notables, aquel «Sumario de la Historia Natural de las Indias», en el que más bien que un escritor, parece así como un mago que descorriera una cortina y mostrara al mundo embelesado la magnificencia de aquellas tierras, haciéndolo con tal pericia y arte, que S. M. mandó que se imprimiera «porque a todos los hombres fuesen notorias tan grandes y maravillasas nuevas cosas».

Fernández de Oviedo es una de las figuras más interesantes de la época, representativa de aquellos hombres que se dirigen a los nuevos países descubiertos, no con un ciego ímpetu guerrero o codicioso, como equivocadamente se les achaca, sino llevando en sí y consigo, todo el tesoro cultural de la época. Tesoro cultural que, aquí en España, tiene un carácter propio al insertarse el Renacimiento dentro de la férrea disciplina teológica, que al mismo tiempo que les imprime un concepto universal y transcendental de la vida, les dota de un profundo sentimiento religioso en el amplio sentido de «religere» y de una crítica despierta.

Este sentimiento religioso, que no es estático sino militante, que no es ñoño, sino atrevido, al unirse a su patriotismo y a su alto concepto de imperio (1), es el que impulsa a España en general,

(1) «Pero el patriotismo español, que en Sepúlveda o en Arias de Valderas o en los cronistas de Indias o en Cabrera de Córdoba, rezuma por todas partes, es

y a Asturias en particular, al envío a los nuevos países de unos elementos civilizadores de primera fuerza que merecen especial mención. Nos referimos a los eclesiásticos y de modo especial a las órdenes religiosas (a nuestras órdenes religiosas que realizaron una obra de apostolado solamente comparable a la militar que llevaron a cabo nuestros conquistadores), destacándose entre todas ellas; por lo que afecta a nuestro estudio, la de los Dominicos los cuales se extienden por Oriente, iniciando una obra civilizadora que afortunadamente aún perdura.

Comienza esta influencia con unos cuantos Padres que animados de un santo celo, se dirigen en el año 1553 a América para secundar a los demás misioneros que les habían precedido. Entre ellos nos encontramos con figuras asturianas tan interesantes como Pedro de Pravia, que muy joven había abrazado la Regla de Santo Domingo. Fué uno de los predicadores que más se distinguió en su tiempo, por lo cual quizá, se le destinó a Méjico para extender allí el Evangelio, y más tarde se le encargó la Cátedra de Filosofía y Teología en la Universidad, recién fundada por la Bula del Papa Inocencio a petición de Felipe II, aún en contra de su voluntad, pues prefería la catequesis a ningún otro género de actividades. Después de haberse dedicado muchos años a la tarea y desempeñado los más altos destinos, entre ellos el de Vicario General y Administrador de la Diócesis de Méjico, fué nombrado Obispo de Panamá, cargo al que renunció para dedicarse a la meditación en sus últimos años, muriendo en olor de santidad en 6 de enero de 1589.

Seguir con detalle toda esta serie de personalidades eclesiásti-

un patriotismo trascendente, al servicio de una verdad absoluta y de un orden metafísicamente justificado. Cualquiera que sea la posibilidad o imposibilidad de un gesto así en el mundo actual, hay que reconocer que nos hallamos ante algo magnífico, ante algo muy superior a todos los nacionalismos e imperialismos de vía estrecha que han rodado por el mundo en los últimos siglos.» (Del prólogo que Carlos Alonso del Real, puso a su «Antología de Juan Ginés de Sepúlveda»).

cas que encabezamos con esta alta dignidad, constituiría un trabajo de investigación que solamente pueden llevar a cabo las propias Ordenes religiosas. Esto, no obstante, y ya casi en nuestros días, nos creemos en la obligación de recordar algunos nombres destacados tales como Fray Joaquín Fonseca, dominico, nacido en Aramil, en noviembre de 1822, quien a su vuelta de Filipinas fué autor de la célebre polémica sostenida con D. Marcelino Menéndez Pelayo, y de una bien escrita «Historia de Filipinas».

El sabio Cardenal Fray Ceferino González, gran escritor, que nació en Villoria, en el año 1833 y fué profesor de la Universidad de Manila y autor de varias obras de Filosofía de extraordinaria importancia.

Fray Benigno Díaz González, Agustino, de Laviana, en donde nació en el año 1856. En 1890 pasó a Filipinas en donde permanece hasta 1898 que fué enviado a Colombia para fundar unas misiones, y de la que hubo de regresar a España por falta de salud. Fué el Director de la Revista Agustiniiana de España y América. En 1926 volvió a Filipinas.

El Padre Domingo María Fernández, nació en Viella en 1875, Superior que fué de varias de las Casas que los Dominicos tenían en Méjico, en el que fué encarcelado por los revolucionarios. Libertado posteriormente, edificó y reparó varias Iglesias de la Orden. Más tarde se le nombró Visitador General de las provincias Dominicanas en Perú, Argentina y Chile.

El Padre Paulino Alvarez, Dominicó, natural de Mieres, que nació en 1850, profesó en Corias, y muy pronto se dedicó a la predicación para la que tenía excelentes facultades, pronunciando notables sermones, tanto en España como en Cuba y en el Perú. Resultado de las conferencias que diera en estos dos países fueron sus dos publicaciones más conocidas, «La Iglesia Verdadera» y «La Iglesia y el Estado».

Padre Gerardo Fernández, religioso Dominicó de Santibáñez de Murias donde había nacido el año 1885. Destinado a las misiones españolas establecidas en el Perú, llegó a ser Superior del San-

tuario de Santa Rosa de Lima. En 1925 recorrió las misiones del Río Urubamba, donde logró obtener una interesante película científica que constituye un interesante documento de estudio de aquellas regiones, que ha sido proyectada en las Sociedades geográficas de casi todo el mundo.

Padre Carlos Valdés, Religioso Agustino que nació en Pola de Laviana el año 1846, y se embarcó de estudiante aún para Filipinas. Allí terminó su carrera eclesiástica y se ordenó de Sacerdote, siendo destinado al servicio parroquial. Escribió un buen tratado sobre «Flora Filipina».

Fray Segundo Fernández, de Ciaño, nacido en 1852, religioso de gran cultura. Primeramente se le destinó a Colombia en donde explicó Teología. Más tarde fué nombrado Visitador General de las provincias Dominicanas de América latina, recorriendo con este motivo Cuba, Panamá, Ecuador y otros países.

Fray Wenceslado Toda y Nuño. Gran escritor, nació en Santibañez de Murias y profesó en Corias. Destinado a las misiones del Perú, realizó trabajos de misionero y explorador, algunos de los cuales aparecieron en la Revista «Misiones Dominicanas del Perú». Residió en Lima, en Lambayeque, en Lares, en Maldonado, en Koribini y otros puntos. Regresó a España en 1929.

Al Padre Juan R. Cabal, oventense casi contemporáneo, que una vez tomado el hábito dominico en Corias, fué destinado a las Misiones de América Central.

Fray José Pío Aza, religioso dominico nacido en Pola de Lena en 1865. Cursó los estudios eclesiásticos en Corias, ordenándose de sacerdote en 1889. En octubre de 1906 pasó a la República del Perú en calidad de Misionero de Urubamba, entre los indios de aquellas selvas. Ha llevado a cabo distintos trabajos de Filología, tales como el «Vocabulario español machigüenga» y un estudio sobre la lengua machigüenga, editado en Lima en el año 1924.

Prescindiendo, por ser harto conocido, de nuestro protomártir Fray Melchor García Sampetro, nacido en Cortes y estudiante de esta Universidad, que pasó a Manila en 1848 y murió en Ton-

quín en 1868, existen otros muchos, tales como el Padre José Novál, Rector de la Universidad de Manila. El Padre Buenaventura Paredes, Provincial de Filipinas. El Padre Pedro de Medio, escritor científico moderno de gran interés. El conocido Padre Quirós, dominico, viajero incansable, que estuvo en América del Sur y escribió crónicas patrióticas desde Puerto Rico, Cuba y otros sitios, así como varias obras que demuestran su gran cultura, destacándose entre todos ellos, la extraña figura de D. Manuel Abad Queipo, eclesiástico, nacido en Santa María de Villapegre en 1751, de padres desconocidos, que desempeñó primero varios cargos eclesiásticos modestos en Méjico, hasta que consiguió ser nombrado Canónigo en Valladolid, Obispado de Michoacan, en donde en 1809 fué elevado a la dignidad de Vicario Capitular, y más tarde Obispo. En este punto intentó realizar una gran obra de pacificación, poniendo en ella su gran energía y talento, pero no pudo evitar la Revolución promovida por el cura Hidalgo, a quien excomulgó. Era un hombre de extraña psicología entre liberal y reaccionario, lo cual unido a su carácter apasionado, hizo que se le tachara ya de místico, ya de hereje. Redactó su célebre *Representación* o testamento político, documento histórico de primer orden que constituye un compendio admirable de la vida social y política de América en aquel tiempo. De vuelta a España sufrió persecuciones y ocupó altos cargos, muriendo en Madrid en 1824.

Claro que no son únicamente clérigos y religiosos los que Asturias envió a América, (y bajo este concepto comprendo Filipinas y otras posesiones del Pacífico), sino también escritores, militares y comerciantes. La enumeración de ellos nos llevaría más tiempo del que podemos disponer. Nos concretaremos, pues, a citar unos cuantos, tales como: D. Pedro Alvarez Villarín, militar español, Capitán General de Cuba, nacido en Asturias en 1664, que muere allí en 1706. D. Antonio Posada, Teniente General de la Armada, natural de Villaviciosa en 1722, que navegó en los mares de ambas Américas, actuando en la defensa de Cartagena de Indias y La Habana en 1782. D. José Cienfuegos Jovellanos, militar español,

sobrino del insigne D. Gaspar, oriundo de Gijón, en donde nace en 1786, e ingresado en el Ejército asiste al sitio de Gibraltar y combate a Napoleón. Ascendido a Teniente General en 1816 se le concede el grado de Capitán General de la Isla de Cuba, cargo que desempeñó a satisfacción tanto del Gobierno como del país. Combatió la trata de negros, y fundó la importante Villa de Cienfuegos en dicha Isla.

Don Jerónimo Valdés, Vizconde de Torrata y Conde de Villarín, nacido en Villarín en 1784. Pasó a América combatiendo en el Perú contra los revolucionarios. Fué nombrado Gobernador de Cuba en 1841 en la que desarrolla una administración patriarcal y persigue el tráfico de esclavos. Publicó una colección de documentos curiosos para la historia de la guerra separatista del Perú.

Con anterioridad a esta última fecha, aparece en este país un franciscano explorador, Fray Pedro González Agüero, de quien tengo la sospecha de que era astur, o por lo menos de procedencia asturiana, no solo por sus apellidos, sino por la íntima relación que tuvo con el Coronel asturiano D. Juan José de Abellafuerte, Gobernador de Tarma, hombre extraordinario que merecía todo un estudio. Con la decidida protección de su pretendido paisano, explora el Fray Pedro el Mataró y repuebla el Bajo Apuríac y otros lugares. Los escritos y mapas originales de estas expediciones se hallan en la Academia de la Historia.

Luego, ya casi en nuestros días, nos encontramos con otra serie de hombres de varia condición, tales como D. Manuel Fernández Juncos, quien nace en Trasmonte en 1846 emigrando a Puerto Rico y el que, en lucha contra toda suerte de dificultades, logró adquirir una amplia y sólida cultura que propagó cuanto pudo por todos los medios. Patriota sincero, aunque algunos le combatieron por sus diatribas contra algunos de nuestros representantes en aquél país, que verdaderamente lo merecían. Fundó varios periódicos, sobre todo el famoso «Buscapié», que se publicó con extraordinario éxito en San Juan, hasta que se perdió la Isla; fundó asimismo un refugio de niños desamparados y una Academia anti-

llana de la Lengua. Este hombre dinámico que había hecho el viaje a Puerto Rico a los once años de edad en un barco de vela, fallece en 1928 en San Juan, en donde honraron su memoria concediendo su nombre a una de las calles principales.

Los hermanos Fernández Santa Eulalia (Francisco y Manuel) escritores avilesinos en la segunda mitad del siglo XIX, fundadores de periódicos y colaboradores de otros, entre ellos, «El Heraldo de Asturias». El primero de los dos desempeñó el cargo de Secretario del Centro Asturiano de La Habana. Ambos llegaron a poseer una gran ilustración y se distinguieron por su caballerosidad y honradez.

D. Emilio Alvarez Priga, que nace en Teverga en 1856, notable jurisconsulto que residió muchos años en La Habana. Fué uno de los fundadores del Centro Asturiano y durante cierto tiempo ocupó su Vicepresidencia.

D. Baltasar Fernández Cué, nacido en Llanes en 1878. Es el tipo de hombre intelectual educado en Francia y en Inglaterra, donde se hizo Ingeniero Civil, aunque su verdadera vocación era literaria. Emigró a Méjico y allí colaboró activamente en los negocios de D. Iñigo Noriega, del que fué su hombre de confianza. Ocupó varios cargos oficiales en el Ministerio de Fomento de aquél país. Perseguido por la Revolución del 14 regresó a España hasta que volvió a Méjico con Carranza, a quien acompañó como Secretario en una misión confidencial del Gobierno mejicano que éste llevó a cabo en América del Sur. Tiene un libro muy interesante titulado «Los españoles y el nacionalismo mejicano», editado en Méjico en 1917.

D. Celestino Alvarez, nacido en Villanueva (Boal) en el año 1881. Director de «El Progreso de Asturias», en la Habana, excelente periodista que tenía el mérito poco común de haberse formado a sí mismo como lector de los operarios de la Fábrica de Tabacos. Más tarde publicó en «El Diario de La Habana» unos sugestivos artículos sobre cuestiones sociales en una interesante sección que denominó «Vida Obrera».

D. Nicanor Alvarez, nacido en Oviedo en 1890, dibujante habilísimo que residió siempre en La Argentina, firmando sus obras con el seudónimo *Alejandro Sirio*, y colaboró en los principales periódicos y revistas del país. D. Felipe Canga Argüelles, Capitán de Fragata que escribió un notable estudio geográfico político social sobre la Isla Paragua. D. Bonifacio Cortés Llanos, Magistrado en Cuba y Administrador General de Aduanas. D. Pío Arias Carvajal, médico y culto periodista, que firmaba sus artículos con el pseudónimo de «Carlos Ría-Baja» y recorrió gran parte de Filipinas. D. Rafael Calzada, notable orador y escritor, que vivió y murió en La Argentina. D. José Alonso Trelles, poeta hispano-uruguayo, conocido bajo el pseudónimo de «El Viejo Poncho», oriundo de Navia y muerto en Montevideo, en el que fundó varios periódicos y alcanzó una enorme popularidad. D. Julián Suárez Inclán, General español, quien combatió contra Maceo y Máximo Gómez.

Muchos otros nombres, figuraban en los exvotos que durante muchos años existieron en la Iglesia del Santo Cristo Marinero de Candás, escondido relicario de la piedad asturiana de los que cruzaban el Atlántico, la mayoría de ellos militares, que en nuestras guerras coloniales dejaron muy alto el pabellón de España, sin olvidar nunca que habían nacido en este privilegiado rincón de la Patria que llevaban metido por el alma; pues, a mi juicio, son compatibles, más que compatibles, necesarios ambos sentimientos, el de la Patria chica y el de la Patria grande, ya que ellos se completan y se fortalecen mutuamente cuando se profesan limpiamente y de buena fe.

A los nombres mencionados podríamos añadir otra serie interminable de Funcionarios, Médicos, Abogados, Periodistas, Ingenieros, Pintores, Músicos y Técnicos diversos, entre los cuales abundan los hijos de este país. Pero el tiempo apremia y vamos a concretar.

Conocido de todos es el enorme esfuerzo que significó en su

tiempo el viaje del Sr. Altamira, y los resultados del mismo, seguido del que realizó otro ilustre profesor que fué de esta Casa, don Adolfo Posada. El del primero, tuvo su raíz en el III Centenario de la fundación de esta Universidad, cuando haciendo hincapié en la alusión de un profesor de la Habana, allí presente, nuestro Rector de aquellos días, el inolvidable D. Fermín Canella, al recoger la indicación del Sr. Dihigo, prometió que la Universidad de Oviedo iría a visitar a la de la Habana. Esta fué la causa eficiente que logró remover una serie de ideas y sentimientos, y con ello crear un estado de opinión, que aquí en Oviedo, había de tener necesariamente más fuerza y arraigo que en otras regiones, debido a que durante el siglo XVIII y todo el XIX las relaciones de americanos y asturianos adquirieron un inusitado desarrollo, siendo quizás la época en que esta emigración tuvo una influencia mayor en varios países hispano-americanos.

No pasó mucho tiempo sin que el proyecto tomara un gran desarrollo, intentándose crear una Sección Americanista en esta ciudad destinada a recoger libros, dar conferencias, enviar comunicaciones y sostener propaganda. Casi en la misma época se celebró en Santiago de Compostela el Congreso Nacional de Emigración, en el cual el Instituto de Reformas Sociales, en el que laboraban tantos ilustres hijos de Asturias, presentó una interesante Memoria redactada por mi querido maestro, el Excmo. Sr. D. Pedro Sangro y Ros de Olano, que representó al Instituto en el citado Congreso. En su conclusión 9.^a el Congreso acordó expresar su fervoroso deseo de constituir una Sociedad libre de protección a los españoles que viven y trabajan fuera de su país. En el mismo año 1910 se acordó celebrar otro Congreso en esta capital.

Por los datos apuntados se observa cómo surge en el seno de esta «Universitas», que nunca fué ajena a ninguna influencia intelectual y se halla siempre en un perpetuo devenir que la permite renovarse, un nuevo sentido del hispano-americanismo, obligando a nuestros hombres y a nuestras instituciones a preocuparse, antes que nadie, por esta clase de problemas que dejaban indiferentes a

la mayoría de los españoles de entonces, lastimados en su amor propio por la reciente pérdida de las Colonias. Claro está, que pronto se manifestaron diversos criterios sobre el modo de enfocar y cultivar estas relaciones, sobre la clase de las mismas, sobre su mayor o menor utilidad, sin tener en cuenta que no existen problemas materiales o espirituales puros, ya que todos ellos son problemas mezclados, confundidos como suele estar todo en la vida, aunque nosotros nos hagamos la ilusión de esperarlos y definirlos cuando les ponemos una etiqueta. De aquí que, por mi parte, persevere en la creencia, aunque acaso esté equivocado (pero que hoy sostengo con más motivos que entonces podía sostener), de que en tales relaciones aunque exista un aspecto económico, no despreciable, ni mucho menos, lo principal, la esencia de las mismas, está encerrada en aquella observación tan justa y tan exacta del ilustre escritor, a que antes me refería, cuando dijo a este respecto, en su libro «La Política de España en América», «lo que importa salvar es el troquel, la modalidad, la orientación característica de la psicología del grupo a través de las varias e infinitas aplicaciones que las condiciones de los tiempos y de los lugares impondrán a unos y a otros».

Esto es en concreto lo que intenta, por primera vez la Universidad de Oviedo en 1909, y lo que entonces se hubiera podido conseguir con facilidad si los Gobiernos españoles hubiesen comprendido la transcendencia de los intercambios docentes y culturales. Esto es lo que ha resurgido con el Consejo de la Hispanidad, que en la Argentina, por ejemplo, ha dado lugar, no hace muchos días, a las declaraciones del Dr. Mansilla, gran amigo de España, y a libros tan interesantes como el recentísimo de Vicente Sierra titulado «Sentido misional de la Conquista de América». (1) Esto

(1) El día 18 de agosto, ya en prensa esta conferencia, se celebró en Salta (Argentina) el primer Congreso de Cultura Hispano-Americana que culminará el año próximo en el Congreso de la Hispanidad. El Doctor Guíñazu, Ministro de Relaciones Exteriores de la Argentina, hizo en él las siguientes declaraciones:

es lo que propugnaba aquel magnífico uruguayo, Enrique Rodó, en su «Ariel» cuando decía: «No entregueis nunca a la utilidad o a la pasión, sino una parte de vosotros. Aún dentro de la esclavitud material hay la posibilidad de salvar la vida interior, la de la razón y el sentimiento. No trateis, pues, de justificar, por la absorción del trabajo o del combate, la esclavitud de vuestro espíritu.»

¡Esto sí que es cuestión capital del hispano-americanismo!, sobre todo si logramos colocar al amparo de aquellas dos fuerzas poderosas: la razón y el tiempo.

Al lado de una compenetración total en lo que es esencia de los pueblos en su psicología, en su manera de ser, de vivir, de pensar, de hablar; al lado de esa «Unidad de destino universal», que con tanto acierto formuló José Antonio, importa poco que

«Pocos pueblos hay que conserven más preciosos, auténticos y fundamentales vínculos de unión que los que forman la comunidad de origen hispánico. A estos pueblos no se les satisface o contenta con fórmulas vacías ni con ficciones de concordia internacional, sino con realidades profundas, emanadas de su Historia y arraigadas en ella». Después de afirmar que la guerra actual constituye «una etapa crítica en los esfuerzos para organizar la colectividad internacional», definió los fines del Congreso, diciendo que éste era «el Congreso de la paz y de la concordia de las naciones hispanas».

El ya citado Sr. García Mansilla resumió las conclusiones del Congreso en los siguientes puntos:

«Exaltación de la obra de los españoles en tierras de América.

Exaltación asimismo de la cultura española.

Creación de una Sociedad Cultural Hispano-Americana para conservar en América la pureza de la lengua castellana.

Lucha contra la «leyenda negra» de la conquista y proclamación del principio de la generosidad española.

«España—dijo el orador—no solo trajo a América los gérmenes de nuestra prosperidad material si no la Escuela, la Universidad, la vida cristiana y ese canon de la honra que siempre fué norma de fe y de moral de los españoles.

Posteriormente y con motivo de la Fiesta de la Raza, tanto en España como en América, se han celebrado actos públicos, con un nuevo carácter de los que hasta ahora se celebraban, y de una transcendencia político social sobre la que no es necesario insistir.

los intereses materiales pretendan desviar esa íntima comunión basada en nuestra historia, en nuestra lengua y hasta en nuestra sangre, que es nuestra mejor e invencible defensa. Cuando después de unos días de navegar se llega a Méjico, a Cuba, a la Argentina, se da uno clara cuenta de que España es más grande espiritual que materialmente. Pero al mismo tiempo que recibís esta impresión patriótica de la Patria grande, de la Patria inmortal, si sois asturianos, aunque sea por adopción, como me considero yo, percibiréis bien pronto el rastro de la obra de aquellos guerreros, de aquellos religiosos, de aquellos comerciantes, de aquellos labriegos a que nos hemos referido, los cuales llevaron consigo algo que es nuestro, la religión, el señorío, la inteligencia, el sentimentalismo y hasta el amor propio, para fundirlo todo en aquel gran crisol de pueblos, en donde acaso se está formando, sin que nos demos cuenta, un verdadero nuevo mundo con una nueva humanidad.

No sé si os habréis dado cuenta de que a la diosa Clio, sin andarme en contemplaciones y adaptándola a las necesidades de mi propósito, le he quitado la lira y la trompeta, que son sus atributos, para dejarle únicamente la rueca y la clépsidra, dedicándola a un modesto trabajo manual, como es el de hilar, aunque se trate de materia tan sutil cual es la flor de la vida. Según os dije en otros apartes, la diosa de la Historia venía realizando su labor con facilidad y augusta indiferencia, hasta llegar a fines del siglo XIX. Pero al terminar esta centuria, la maestra de la vida empieza a dar muestras de preocupación y hasta de falta de habilidad.

La mayoría de los técnicos, sociólogos y economistas del mundo que estudian el mal, lo diagnostican de «materialismo agudo», pero no le saben poner remedio. Únicamente aquí en España, donde la enfermedad llegó a tener caracteres gravísimos, le estamos aplicando el adecuado. Este, a mi juicio, no es otro que «romanticismo a todo pasto.» Romanticismo que no consiste en determinado género literario, ni en una postura original de algunos selectos, y me-



nos en una falsificación intencionada de la vida; sino romanticismo que es exaltación poética del mundo y del hombre, predominio del espíritu sobre la materia, cultivo del alma; adelanto y rico presente de lo sobrenatural, que como es sabido, está lindando con lo divino.

Con el fin de contribuir a la cura de la Diosa Clio, aunque sea con la mínima parte que nos afecta, me decidí a redactar este trabajo, que es más bien una tímida ofrenda de un cristiano romántico, que al doblar la cuesta de la vida se quiere despedir de las Musas, y sobre todo de su favorita, aquella que todo lo sabe.

Pero sigamos adelante:

Venimos ocupándonos de lo que nosotros hemos dado a América, y antes de concluir me parece de justicia hablar un poco de lo que ella nos dió. Mi deseo hubiera sido el de dedicar una gran parte a los «indianos» a estos hombres hijos de sí mismo y muchos de ellos beneméritos de la Patria, mercedores, no de una, sino de varias conferencias y a quienes nunca se les ha dado la consideración debida. Más antes de nada, me creo en el deber de advertiros, que el valor material de las cifras que vais a escuchar, desde mi punto de vista, comprendereis que no tienen una gran importancia. Lo que si la tiene—aun en contra del parecer del Maestro Pereda que solo les estudió parcialmente y con prevención—es el valor espiritual, el valor romántico de los mismas: los afectos, los cariños, las ilusiones que representan todas ellas. La mayoría de estos formidables luchadores contra el hambre, contra el ambiente, contra la injusticia, contra todo, en sus horas de amargura, pensarían en el pueblín tranquilo que los vió nacer, del que salieron una madrugada inolvidable con su mísero hatillo, empujados por la necesidad. Estoy seguro de que pocos, por enteros que fueran, podrían escuchar allá lejos con los ojos sin lágrimas una canción de la tierra entonada al atardecer.

Comenzaré por uno de los más destacados: D. José Menén-

dez, natural de Miranda, pueblecito cercano de Avilés, que siendo casi una criatura se trasladó primero a Cuba y luego a América del Sur, en donde después de varios años de ímprobo trabajo llegó a poseer en la Patagonia inmensas extensiones de terreno con incalculables rebaños que le permitieron dominar los mercados mundiales de la carne y de la lana, por lo que se le llamó el rey de aquélla. Su vida es algo tan maravilloso que está esperando una buena biografía. (1) Entre los rasgos más salientes del mismo se encuentra el legado que hizo al rey de España de un millón de pesetas destinadas a favorecer la enseñanza, más otras cien mil que mandó al Alcalde de Avilés con igual fin.

También hubiera deseado hablaros con alguna extensión de D. Florentino Villamil, del Concejo de Castropol, acaudalado comerciante en la Argentina, que creó en su pueblo de Figueras una fundación dedicada a la enseñanza primaria y a Artes y Oficios, dotándola de un capital de trescientas cincuenta mil pesetas. De D. Ramón Álvarez, de Arriba, quien donó dos millones para la creación de un Instituto obrero y otro de Agricultura; de D. Ra-

(1) José Menéndez Menéndez, «El Rey de la Patagonia», marchó a Cuba muy joven, estableciendo a los 18 años un negocio de joyería, que fracasó. Poco después se embarcó como «polizón» en un buque que hacía la travesía desde La Habana a la América del Sur y en Buenos Aires se colocó en una casa comercial de la que fué apoderado viajando por Punta Arenas y el conocimiento de aquél país le decidió a instalarse por su cuenta. Comenzó a adquirir propiedades por aquellas latitudes a soldados a quienes el Gobierno argentino había hecho cesión de las mismas e incluso a comprar lotes de terrenos a los Gobiernos de Argentina y Chile, llegando a poseer una extensión semejante al territorio belga. Su labor colonizadora fué inmensa debiéndosele la mayor parte de los adelantos materiales con que cuenta la Patagonia (puertos, ferrocarriles, etc.) A su muerte dejó una fortuna valorada a efectos de liquidación de derechos reales en unos 250 millones de pesos, pudiendo estimarse su valor efectivo en más de 800 millones.

Un viajero que recorrió aquellos mares me dijo que, en Punta Arenas, existe una estatua levantada por este hombre a sí mismo con esta inscripción: «De Menéndez a Menéndez». Yo no se si ello será exacto, pero indudablemente merece serlo.

món Prendes y González, del partido judicial de Gijón, que dejó mil pesos oro para mejorar la escuela de su pueblo; de D. Bernardo Alvarez Galán, quien asignó casi dos millones de pesetas para crear y sostener una escuela primaria en Raices y otra de Comercio en Salinas; de los hermanos D. José y D. Manuel García Fernández, dueños de infinidad de negocios, entre ellos de una importante fábrica de tabacos en Córdoba de la Argentina, que fueron más tarde los fundadores del pueblo de Villavista en aquella nación y aún conservaron alientos para que, ya de vuelta a España, uno de ellos, en Luarca, realizaran una labor filantrópica digna de todo encomio; de D. Ramón Balsa, que vivió y trabajó en Méjico y dedicó cien mil pesetas para la enseñanza en el pueblo de Canero; de D. Nicanor del Campo, que donó cien mil pesetas para construir un lavadero en Luarca; de D. Ramón Asenjo y D. José García Fernández, que dedicaron importantes cantidades para la creación de hospitales en este mismo lugar; todos los cuales, sobre que lo diga, habían vivido a borbotones su novela maravillosa, llena de experiencia, que es ciencia, y habrán dejado en el camino infinidad de amigos y compañeros que cayeron vencidos.

Al concluir esta relación que puede ampliarse con los artículos que en la «Prensa» de Buenos Aires publicó hace unos cuantos años D. Benito Castrillo Sagredo, quizá alguien me pudiera objetar que esto mismo hicieron los hijos patriotas «los Indianos», de otras regiones, tales como los vascos, santanderinos, gallegos, etc., pero yo puedo aseguráros, porque he comparado los hechos, que acaso el resultado de un proceder semejante, sea el mismo respecto al pueblo que recibe el beneficio; pero en cuanto a la alegría íntima, al sentido de solidaridad social que un paisano nuestro lleva a cabo una obra de este estilo, al mismo tiempo que buscando el bien por el bien mismo, eso sí que nó. El astur de toda condición necesita muy a menudo escapes hacia el ideal, y uno de ellos, quizá el más completo para él, es este.

Después de estos hombres tan nuestros (a los cuales podría añadir otros muchos que sintieron los mismos anhelos de crear una escuela o fundar una institución), estimo que no debo callar la influencia indirecta y difusa que nos viene de la joven América española en donde aún se escriben poesías, se lee a *Pablo y Virginia* sin temor al ridículo, y sobre todo se contempla el mundo con otro clima y otra perspectiva geográfica que la nuestra. Esto por un lado, por otro, ni antes ni ahora podremos negar la proyección, aquí en nuestra tierra, de aquellas grandes figuras américo-hispánicas de la talla intelectual de Andrés Bello, o de aquél otro venezolano, Rafael María Balart, también filólogo y poeta, honra de América y benemérito de España, o del más grande a mi juicio de todos ellos, el insuperable Rufino José Cuervo, eminente colombiano autor de la Gramática de la Lengua que ha servido y sirve a tantas generaciones para conocer a fondo el mecanismo interno de nuestro idioma. Lo cierto es, que hombres y geografía y hasta aquello que se denominaba un poco burlescamente «aliento del trópico» vino a influir en nuestro modo de ser, ya que rompió la rigidez de nuestra poesía y favoreció el advenimiento de la prosa moderna, mas suelta y emotiva.

Uno de sus alalides más destacados fué el príncipe de la poesía moderna, el gran Ruben Darío que tanto amaba a Asturias y tanto ayudó a la formación intelectual de un sinnúmero de escritores españolistas tan distinguidos como Luciano Herrera, Esquivel, Obregón, Ricardo Palma y otros muchos que escribieron allá: así como otro grupo que vivió y escribió entre nosotros, en el que figuraron poetas tan altos como Santos Chocano, Amado Nervo y prosistas tan personales como Bonafoux, Gómez Carrillo y Ghirardo. Este fué un momento de gran interés—nos referimos a los 30 primeros años del siglo—en que las relaciones intelectuales de España con los países hispano-americanos, favorecida por una pléyade de distinguidos diplomáticos tales como de la Torriente, García Kooly, Fernández Medina, Carlos Estrada, de la Riva Agüero, Pichardo, Reyes y otros muchos prepararon el ambiente necesario

a los investigadores tipo Icaza, Larreta, Pereira, Levillier, etc., etc., que vinieron más tarde. (1)

Pero no se trata de hacer el recuento de nuestros compatriotas triunfadores, uno por uno, y menos de biografiar a los grandes hombres de Hispano-América, la mayoría de los cuales comparten con nosotros aquel espíritu generoso y ecuménico propio de la raza, al mismo tiempo que perciben y sienten la vida íntima, los entresijos de la historia interna, con la misma sensibilidad, aunque a veces nos separen diferencias exteriores. Lo que me proponía únicamente, no era más que dejar anotados al pasar unos cuantos nombres que representan matices e interferencias espirituales entre América y España, mutuos influjos que aún perduran, y seguramente han de acentuarse, pues no debemos olvidar nunca, y menos ahora, en estos momentos trágicos porque atraviesa la humanidad, aquellos veinte países de habla española que radican en el otro hemisferio, ocupan por sí solos un territorio mayor que el

(1) Para ponerse al tanto de la cultura literaria de Hispano-América se pueden consultar las siguientes obras:

Torres Caicedo, J.—Ensayos biográficos, 3 tomos.—París, 1863.

Valera, Juan.—Cartas americanas.—Madrid. 1890.

Menéndez Pelayo.—Antología de poetas hispano-americanos.—Madrid. 1893.—Historia de la Poesía Hispano-Americana.—Madrid. 1913.

Oyuela, Calixto.—Antología poética Hispano-Americana. 6 tomos. Buenos Aires. 1919.

Menéndez Bejarano.—Poetas Españoles que vivieron en América.—Madrid. 1929

Cecil, K. Jones.—Hispanic American bibliographies.—Baltimore. 1922, y muy en especial

Coester. Alfred.—Historia Literaria de la América Española, traducida del Inglés por Rómulo Tovar.—Madrid, 1929.

Colección de libros raros y curiosos que tratan de América, que editó Victoriano Suárez.

Las publicaciones de la Editorial América con sus varias Bibliotecas, que dirigió Blanco Fombona; y la

Antología de Poetas Hispano-Americanos de la Real Academia

doble del de los Estados Unidos de América, con una población que pasa de cien millones de habitantes; que en ellos, hoy como ayer, se recogen las más variadas producciones naturales conocidas en el mundo; que las nuevas Naciones que allí se están formando, aún con profunda raíz española, tienen una distinta psicología. Hechos todos que merecen el interés de los hombres civilizados de todo el mundo y principalmente de nosotros, aunque no sea más que considerándolos como el más grande tesoro de reservas tanto morales como materiales que poseemos los humanos para el futuro.

Lo mismo que me ocurre con los hombres, me sucede con los países. Tampoco puedo hablar de todos y cada uno con la extensión que merecen y yo quisiera. Ante esta contingencia, me veo forzado a tratar únicamente de dos de ellos, en el aspecto que hace relación con nuestro estudio, y refiriéndome únicamente a tiempos normales, es decir, hasta 1930.

Uno de estos países es Méjico, el gigantesco Méjico, cuatro veces mayor que España, en donde parece que todo tiende a lo grande, a lo colosal, las tierras, los sucesos, los hombres, y del que suele tenerse, por lo común, una idea muy equivocada. Existió siempre en esta Nación, pese a las revueltas e inquietudes porque atravesó, una profunda corriente españolista, en la que figuraron hombres de pró: algunos de ellos asturianos, tales como D. Manuel Ibáñez Posada, D. Juan Llamedo y D. Iñigo Noriega, que en tiempos de Porfirio Díaz tuvo en sus manos poderosas influencias que empleó en beneficio de nuestros compatriotas. Pero aparte de éstos y otros nombres de paisanos ilustres que pudiéramos citar con personalidad propia y destacada, se creó allí un estado de opinión que se puso de manifiesto con motivo de la fundación de la «Unión Española».

A principios del siglo, la idea de fundar esta entidad en Méjico surgió entre unos cuantos españoles que formando una Junta y constituídos en sesión permanente, se dedicaron a estudiar la ma-

nera de defender y auxiliar a los compatriotas que por aquellas fechas estaban perseguidos.

Ante el apremiante llamamiento, se fueron reuniendo en torno a dicha Junta la mayoría de aquéllos residentes en la capital, y acordaron por unanimidad hacer frente a la situación. Así nació la Sociedad «Unión Española de Méjico» que tantos beneficios había de producir a la Patria y aún al propio Méjico. Constituída la Unión, bajo el amparo e iniciativa de sus socios, se crearon Juntas de Auxilio y de Repatriación, que remediaron muchas desgracias y arbitraron medios para que un gran número de españoles pudiera volver a la Patria. Pero no fué sola ésta su finalidad. Convencido de la urgencia de propagar la cultura patria, creó y sostuvo el primer Colegio Español—que después ha sido copiado—y que actuó durante varios años con extraordinario éxito, aunque no siempre con la misma dirección ideológica.

Alma y vida de esta magnífica institución, sobre todo en su época más crítica, fué un ilustre asturiano, emigrante de calidad, quien antes de dejar la Presidencia del Consejo supremo de la misma, en diciembre de 1916, quiso dar cuenta de su gestión a una Asamblea extraordinaria.

En el acta de esta sesión, después de un balance detallado en el que figuran las cantidades empleadas en obras de caridad, razones suministradas y pasajes pagados, habla a los reunidos así: «Por atender a nuestros compatriotas en las necesidades corporales que sufrían y padecían, por prestar ayuda a la Junta Española de Auxilio, que de otro modo hubiera tenido positiva e irremisiblemente que desaparecer, la Unión Española de Méjico, no pudo llevar a feliz término la primera empresa en que ha tenido siempre fijadas sus miradas; pero ejerciendo la caridad, también creyó realizar una obra no menos bella, no menos hermosa, que la de fundar el Colegio cuyo proyecto ya aprobado, por las circunstancias especialísimas porque atravesamos lo consideraron inadecuado e irrealizable. No he olvidado un solo momento—continuó—la idea de fundar escuelas españolas, ni creo que haya un solo español que la

repudie, pero yo entiendo que nosotros necesitamos, no precisamente un Centro de enseñanza superior, que abarque hasta su más alto grado, sino que, por lo menos, mientras no pasen los difíciles tiempos que corremos, contando con una, dos, tres o más escuelas elementales, es decir una en cada distrito, en los que tenemos dividida la ciudad, habríamos satisfecho por ahora a nuestras aspiraciones, mejor dicho, habríamos conseguido los medios más eficaces para recoger en nuestras propias casas a esa multitud de pequeñuelos que son hijos de españoles, inculcándoles el amor a nuestra Patria».

A continuación, después de declarar que la Unión Española de Méjico estaba completamente exhausta de recursos por haber empleado todos cuantos tenía en socorrer a los patriotas que lo necesitaban, anunció que con el fin de que subsistiera esta bendita sociedad ponía a disposición de la misma su caja particular para que hiciera uso de ella mientras lo necesitara.

Este señor Prieto (don Adolfo), que es a quien me refiero, y al que no tengo el gusto de conocer, y que tan bien personifica el tipo de emigrante astur que nosotros queremos destacar, en cierta ocasión hizo las siguientes manifestaciones que publicó la prensa y que completan su retrato moral:

«La obligación, el único deber, me atrevo a decir, que tenemos los españoles en Méjico, si queremos servir a la Patria, es luchar sin descanso para defender nuestro idioma que peligra, que se le quiere ir haciendo desaparecer, paso a paso y muy lentamente, hasta llegar sin escándalo a la prohibición, como ha sucedido en Filipinas y como, digan lo que quieran los confiados y los crédulos, se intenta hacer en la isla de Cuba, donde pocos días después de llegar los emigrantes españoles y para contestar afirmativamente, ya no emplean el «Sí», tan sonoro como contundente de nuestra hermosa y rica lengua castellana, sino que lo hacen con el «YES» que crispa los nervios, del mismo modo que las palabras «está bien, conforme, adelante» han desaparecido, habiendo sido substituídas por la locución inglesa «ALL RIGHT», y en los co-

mercios se da preferencia a los dependientes que hablan inglés, y los periódicos publican páginas en inglés, y nuestras sencillas costumbres, que allí por gloriosa tradición se conservaban, van desapareciendo por completo.

Con el mismo interés y no menos cuidado—continuó el señor Prieto—debemos también defender la religión, la ciencia, las artes y la literatura, que como sagrada herencia dejaron aquí nuestros antepasados; religión y ciencia, arte y literatura que los enemigos, más o menos solapados de la civilización latina han querido prostituir en toda la América Española para ver si después consiguen que desaparezcan».

Esta valiente defensa de lo español, típica manifestación del Méjico asturiano a que me refiero, unida a una noticia que recogí hace pocos días en un diario ovetense relativa a la extraordinaria brillantez con que se celebran este año las romerías de la Virgen de Covadonga, en la capital mejicana, os dará idea del ambiente racial que aún perdura en aquel grandioso país, adecuado escenario en el que tuvo lugar la gesta más heroica que han conocido los humanos.

Unas palabras más respecto a Cuba, y notaréis que no ha sido casualidad el haber escogido dos países que, por circunstancias del momento, parece así como si en ellos y superficialmente, claro está, se hubiese amortiguado ese sentido profundo y verdadero de la hispanidad, el latido cordial de esa vena oculta que nos sostiene y nos auna, querámoslo o no, por un lazo eterno.

Hubo un tiempo en que la industria tabaquera de Cuba, una de las más florecientes, fué patrimonio de asturianos. Las marcas de Cifuentes, Suárez, Carvajal y otras tales como la de «Romeo y Julieta», propiedad de «Pepín Rodríguez», llegaron a tener fama en el mundo. Pero no era solo la dirección de la industria lo que provenía de aquí, sino también la mano de obra. El gremio de tabaqueros—verdaderos artistas que entre otras cosas se pagaban

un lector para que les leyera mientras estaban trabajando—, llegó a estar en manos de hijos de esta tierra, en tal forma, que se transmitían los cargos, espléndidamente pagados en oro de padres a hijos y parientes. Lo mismo ocurría con los escogedores de tabaco, en lo que nuestros compatriotas también llegaron a imponerse, así como en casi toda la elaboración tabaquera que es harto complicada y difícil.

Bastante han cambiado las cosas en éste y otros aspectos durante los últimos años, pero pese a todos los esfuerzos de captación económica de otros países y a los acontecimientos políticos allí ocurridos, el elemento español y en especial el de origen astur, es considerable. Buena prueba de ello es el famoso Centro que allí tienen los hijos de este país, construído según los planos de un ilustre arquitecto que reside entre nosotros, D. Manuel del Busto, Centro que cuenta con 66.000 socios y está dotado de una serie de instituciones anejas de cultura, sanidad, protección y ahorro que nada tienen que envidiar a las de otras naciones. «La Covadonga», o «Quinta Benéfica» por ejemplo, es una institución modelo en su género que tardará muchos años en poder ser superada en comodidades y adelantos (1). Pero no necesitamos ir tan allá, a la propia Habana, para cerciorarnos del amor a la tierra y a

(1) El Centro Asturiano de La Habana que fundó el 2 de Mayo de 1886, con 50 asturianos que formaron una Comisión organizadora que presidió don Antonio G. Prado; pero su primer Presidente, fué el Excmo. Sr. D. Diego González del Valle al que sucedió más tarde D. Manuel Valle quien verdaderamente es el que consiguió asegurar y dar impulso al mismo.

En el libro de visitas del Sanatorio o «Quinta la Covadonga» existen, entre otros, estos magníficos autógrafos: «Al visitar el admirable Sanatorio de Covadonga, he sentido orgullo de ser español y pena de no ser asturiano». (J. A. Castany).

«En la Quinta «Covadonga» se siente irrefrenablemente el deseo de gritar: ¡Viva Asturias! y desde los más remotos días de la Historia española, he sabido que gritar, ¡Viva Asturias!, equivale a decir muy noble y reciamente, ¡Viva España!» (Manuel Aznar).

la patria de los hijos de Asturias. Aquí tenemos una a modo de filial de esa grandiosa institución: el Sanatorio del Naranco, hoy derruido por la metralla recibida durante el asedio de esta ciudad, Sanatorio que es un magnífico exponente del patriota asturiano, que allá, recuerda la tierra que le vió nacer; y del asturiano patriota que aquí, sabe defenderla.

La importancia del organismo referido, así como de otros que podría citar, parecen confirmar la evolución que tanto «La Perla de las Antillas», como en todo el mundo, ha sufrido la sociedad, al preponderar la masa sobre el individuo. Claro está que esto, no es un obstáculo—y menos entre los hombres de nuestra raza—para que todavía hoy se encuentren, lo mismo en la capital como en otras poblaciones de la isla, importantes individualidades asturianas, aunque no en el número, y con la influencia que tuvieron antaño, cuando la mayoría de los terratenientes, de los comerciantes, de los industriales, de los médicos, de los abogados, de los profesores y hasta de los actores y obreros cualificados, eran españoles y muchos de ellos hijos de Asturias.

Todavía hay allí quien recuerda cuando la calle de la Muralla estaba habitada en su mayoría por almacenistas que proveían de artículos al por mayor a la casi totalidad de la Isla y se hablaba en ella el bable como en las caleyas de nuestros caseríos. Por entonces, cuando la emigración clandestina estaba en su apogeo, el pasaporte valía dos mil reales, y los hombres llegaban en manadas al odiado *Triscornio*, (que era el sitio a donde les venían a recoger los hermanos o los parientes, pero no para que trabajaran con ellos, sino para colocarles con otros que les trataran con dureza), existió un D. Manuel Rionda, natural de Noreña, creador de una familia de magnates de la industria azucarera, que en sus buenos tiempos llegó a tener más de veinte ingenios propios: y un D. Marcelino González, natural de Ucedo, que por sus dotes de probidad e inteligencia fué designado Presidente de la Lonja de la Habana; y un D. Mariano Suárez Pola, que, a su vuelta a la patria chica tanto hizo por levantar la industria y favorecer la instruc-

ción; o un D. Miguel Alvarez, de Villalegre, hombre de negocios y gran patriota español que llegó a ser Alcalde de La Habana. A su vuelta a la Patria se le nombró Senador Vitalicio el año 1909, como recompensa a los muchos trabajos que había realizado en aquella Ciudad a favor de España y de los españoles.

Al lado de estas figuras, hijas del trabajo material, formadas en la gran «universidad de la vida», existían otras no menos asturianas, tan simpáticas y exaltadas, como la del célebre periodista Gonzalo Castañón, de Mieres, fundador de «La Voz de Cuba», asesinado en Cayo Hueso al ir a celebrar un duelo con otro periodista que atacaba la Patria española. O tan comedidos y respetables como la del Marqués de Pinar del Río, D. Leopoldo Carvajal, gran señor de su tiempo, que tanto favoreció a los cubanos como a los españoles, pero sobre todo a sus coterráneos de Avilés.

También vivieron en La Habana asturianos de gran ilustración como D. Basilio Díaz del Villar, Magistrado, natural de Ruenes, quien luego de desempeñar el cargo de Secretario del Ilustre político Posada Herrera, emigra a Cuba, fijando su residencia en Matanzas; o D. Nicolás Rivero, de Villaviciosa, que dirigió muchos años el «Diario de la Marina». D. Feliciano Carreño Valdés y don Mariano Aramburo, quienes se dedicaron al Profesorado. D. Cándido Díaz, uno de los mejores periodistas de su tiempo, o D. José Manuel Bada, periodista moderno que perteneció a las redacciones de los periódicos «La Opinión», «El Heraldo de Cuba» y «El Diario Español», siendo autor de un magnífico estudio sobre Bernard Shaw. También trabajó allí como impresor, D. Javier Cabezas, autor de dos notables biografías, una sobre «Clarín» y otra sobre Concepción Arenal.

Pero aún hay algo más que es digno de mención: es el caso de una extraordinaria escritora y conferenciante, más conocida en América que en España, que firmaba con el pseudónimo de *Eva Canel*, nacida en Coaña, en 1857. Era mujer de gran ilustración que visitó varios países Hispano-Americanos dispersando su esfuerzo y su talento en varias empresas, hasta morir un poco abandonada

en Cuba, en el año 1932. Con ella compartió su fama otra excelente escritora asturiana, Teresa Fernández Getino, poetisa más bien, dotada de una gran cultura, al mismo tiempo que de una exquisita sensibilidad.

Mucho más podría decirse de la Isla en relación con España y con nuestra «Patria chica» y sobre todo de La Habana, de aquella Habana de fin de siglo que vivía indolente y sensual, aún después de la paz del Zanjón, mientras en la Manigua se ocultaba el rescoldo revolucionario. Pero el tiempo apremia y la materia es harto escabrosa para tratarla de ligero.

Lo que sí quiero dejar bien sentado, antes de concluir, es que a mi juicio Cuba, antes y ahora, después de ser soberana, es española en el fondo del alma, y los españoles allí, en particular los asturianos, contribuyeron y contribuyen a su riqueza y poderío (1).

(1) De un discurso que en Mayo de 1919 pronunció el conocido diplomático Cosme de la Torriente, en el Diario de la Marina de La Habana, copiamos los párrafos siguientes, refiriéndose a Cuba y España:

«Una es nuestra lengua; ella sola nos enseñaron a pronunciar desde la cuna, nuestras madres. Una misma es nuestra religión y con ella nacimos, y con ella moriremos, a medida que Dios nos llame a su lado; y una es nuestra Historia hasta que nos separamos. Pelayo, el Cid Campeador, Alfonso el Sabio, la Reina Católica, Cervantes, glorias comunes de todos son...»

.....

«Nuestros ideales, nuestra cultura, nuestras artes, nuestro derecho, nuestras costumbres, iguales son también; y por eso, para trabajar por todo lo que nos es común, debemos alguna vez reunirnos y en un como Gran Congreso de la Raza Española prepararnos para los grandes destinos que nos reservará la Historia, si sabemos dirigir nuestros pasos.»

Y con esto voy a cortar aquí este trabajo, en el que he tratado de poner más emoción que sabiduría y al cual van unidas unas conclusiones que deseo entregar personalmente al dignísimo Rector de esta Casa por si alguna de ellas puede ser aprovechable, ya que estimo que casi todas van muy acordes con la tradición de la misma.

Mi objeto, más que nada, es volver a colocar en primer plano estos problemas de Hispano-América, que a la terminación de la guerra actual, tan cargada de futuro, han de adquirir una importancia enorme, considerándoles de un modo general en relación con toda España, pero particularmente desde el punto de vista asturiano, cuyas características, a mi juicio, conviene conservar y aun favorecer. Hay quien creé, y más en América que aquí,—¡fenómeno curioso!—, que nosotros, es decir, los *hispano-americanos*, con nuestro concepto integral del hombre, somos los únicos que tenemos el secreto de la futura organización del mundo; concepto integral que aquí en Asturias, toma modalidades aún más ricas con esas características que dejo apuntadas, especialmente el amor a la vida sencilla y campestre, y el sentimiento vivo de una solidaridad social, compatible con el propio valer.

Por mi parte, aunque creo con fe ciega en los destinos de la raza, no me atrevo afirmar en absoluto aquella creencia, es decir, la de que nosotros seamos el modelo único, para todas las razas y todos los pueblos del mundo. Lo que sí suscribo, sin distinciones ni reservas, es lo que hace pocos días dijo una gran autoridad en estas materias, D. Rodolfo Reyes, cuando afirmaba: «Suceda lo que suceda nuestra América formará siempre parte de la Máxima Hispania. No hay modo de arrancarse las entrañas para ponerse las artificiales y diferentes. Los pueblos, como los hombres, tienen dos clases de obligaciones: las básicas, de las que depende su propia familia, y todas las otras; aquéllas son las permanentes, las demás son accidentales».

Ahora bien; esta vieja y siempre ilustre Universidad, núcleo central de la vieja solera de la cultura asturiana, opino (y permitid

esta osadía de opinar al último de sus alumnos) que tiene una obligación básica y permanente, y ha de cumplir con ella de la mejor manera posible, poniendo todo su empeño en la labor lo mismo asturianos que americanos. Pero tiene además otra misión particular y más difícil, que consiste, en cultivar y ensalzar, tanto el tesoro espiritual y romántico de la raza, como el material que acrecentaron sus emigrantes. Asturias y América, como hemos visto, están unidas por una cadena interminable de hombres, muchos de ellos ilustres, que las enlaza para siempre. Una parte del alma asturiana cruzó el mar y vive allí «en la otra banda» realizando desde hace muchos años obra universal. Otra parte del alma de América reside entre nosotros, pues el hombre es tanto hijo del país que le vio nacer, como del que voluntariamente adoptó y en el que transcurrió su vida.

Con tales elementos y la protección del Nuevo Estado, que no ha de faltarnos, podemos hacer obra eminentemente patriótica al mismo tiempo que regional y universal.

¡ARRIBA ESPAÑA!

Las Caldas de Oviedo, Agosto de 1942.

CONCLUSIONES

Crear una Revista que dedique una gran atención a los problemas hispano-americanos y sirva de intercambio con otras de dichos países.

Invitar, siempre que se pueda, a especialistas de cuestiones ibero-americanas, para dar conferencias en esta Universidad.

Fundar una cátedra de estudios económicos ibero-americanos.

Entablar, mediante la aprobación del Consejo de la Hispanidad, relaciones intelectuales directas o indirectas con las Universidades hispano-americanas.

Crear becas para estudiantes americanos que vengan a estudiar a España, y para españoles que quieran ir a estudiar a América.

Formar un patronato de asturianos que hayan residido en aquellos países y que estén interesados por aumentar estas relaciones con un trabajo análogo aquende y allende del mar, asesorados por profesores de la Universidad y por el Presidente del Centro Asturiano de La Habana en Asturias.

Hacer un censo detallado y completo de asturianos que residen en América y que sean simpatizantes con estas ideas.

Solicitar la asistencia extraoficial a las conferencias que tengan relación con estos propósitos.

Celebrar una fiesta anual en recuerdo de los emigrantes muertos o fracasados.

Oviedo, 25 de agosto de 1942.